

constituye una religión de verdaderas armonías, animada por una divinidad femenil, que, musa ó sibila, presta encanto prestigiosísimo á sus obras. Más austera, pero no menos influyente la mujer en Roma. El padre dispone de su hija en virtud y por obra de aquella patria potestad absoluta, sobre la que se asentaba todo el poder de un Estado tan fuerte material y tan rigurosa moralmente. Pero tenía tan viva la idea de su felicidad indispensable, que aun los casamientos concertados apenas las hijas nacieran distinguíanse por su sólida y perdurable ventura. Las costumbres imponían matrimonios tan prematuros, que las solteras á veinte años corrían todos los diversos males anejos allí al celibato, y la mayor parte de las novias, al despedirse de la casa paterna é ir á la casa conyugal, depoñían los juguetes, con que, según su corta edad, se holgaban, en el ara de sus penates. Bajo tutela siempre, ya la tutela del padre, ya la tutela del esposo, ya la tutela del hijo, desquitábanse de su inferioridad legal con la soberanía y el poder altísimo en el hogar y hasta en el gobierno. Un pueblo donde Vesta preside á la conservación del fuego de su vida, y Egeria inspira los primeros códigos, y una ofensa inferida sin escrúpulo á Lucrecia destruye la monarquía, y triunfa la democracia sobre los oligarcas decenvirales merced á su

mártir Virginia, y Veturia logra el holocausto de su hijo patricio ante los plebeyos mismos, un pueblo así no puede pasar por pueblo desviado de sus mujeres y contrario al poder y al influjo del más débil y más hermoso entre los humanos sexos. Si las leyes romanas esclavizaban allí la mujer mientras las redimían sus costumbres, no quiere decir esto más en puridad sino que un temperamento natural se imponía y sobreponía en tanto pueblo á las combinaciones más ó menos artificiosas de su legislación. Muy reclusa en su casa la mujer, hilando á la continua el copo de lino y cáñamo en todas las edades, sujeta por tradiciones vivas á poderes ajenos y fuertes, propiedad en suma de su marido como el siervo de su amo, vendible y ajustable como cualquier objeto, siempre so la mano de alguien, corregida y castigada por sus tutores legales muy severamente, con el deber tristísimo de permitir que le pegaran sus maridos y sin derecho alguno á quejarse, muy esclavizada, como ya hemos dicho, por el espíritu romano, empeñadísimo en que resultara un monarca en los hogares aquel padre de familia tan omnipotente, superaba lo natural á todas estas combinaciones artificiosas de las leyes, y vivía la mujer en predicamento grandísimo, reverenciada por todos, tanto en el seno de su recóndito cubículo, como al pasar en la

litera por las calles, ó al presentarse, para embellecerlos y animarlos, rodeadas y seguidas de una corte y pompa numerosas, en los más grandiosos espectáculos. Tal aparece la mujer en estos viejos tiempos romanos.

Y, sin embargo, viendo con detención este matrimonio romano, persuádese uno á creer en la irremediable lentitud y tardanza de las evoluciones graduales, que van en su larga serie formando y reformando tales instituciones, hasta concluir por establecer las bases y fundamento de muchos y muy vívidos pueblos. Las varias maneras de matrimonio, que allí encontramos, nos inducen á comprender cuánto distaba la institución en su perfeccionamiento del carácter alcanzado en períodos más primitivos y bárbaros. El uso, modo muy capital de contraer matrimonio sin ceremonia ninguna, implica las costumbres salvajes de los pueblos primitivos y recuerda el rudimentario ayuntamiento natural en los brutos. El célebre raptó de las sabinas, tan comentado en la sucesión de los siglos, muestra una sociedad bien rudimentaria, que debe recurrir á la guerra para procurarse las satisfacciones del amor y que no conoce rudimento jurídico ninguno, poseída por una extrema violencia. La compra también señala un período muy primitivo, aunque superior al raptó, por notarse ya en él for-

mas verdaderas de contratación, pero inferior del todo á las confarreaciones posteriores, en las cuales el matrimonio romano se perfecciona por completo. Mas dentro todavía de todos estos perfeccionamientos cabe iniquidad tan grande, fundada sobre idea tan injusta, como la idea de casta, como la idea de conceder el derecho de connubio al patricio, y no concedérselo de ningún modo al plebeyo, constreñido por el rigor de aquellas leyes bárbaras á juntarse y unirse con su mujer como se juntan y se unen los brutos con sus hembras. Pero hay más en Roma, sí, hay más, demostrativo del esfuerzo indispensable á los humanos para establecer las instituciones en amplias bases y prosperarlas por medio de profundas reformas. Hay en Roma el matrimonio variable y á tiempo y á plazo. La mujer, caída por el uso, y solamente por el uso, bajo la potestad de su marido, interrumpía los derechos alcanzados por éste merced á tal prescripción con sólo dormir tres noches al año fuera del domicilio conyugal. ¿Qué más? Esas costumbres salvajes de prestar las mujeres á un conciudadano y á un extranjero también tuvo ejemplares en Roma, y hombres como Catón cayeron en esa debilidad increíble. Pero, aparte todo esto, explicable por lo mucho que tarda el entendimiento humano en allegar nociones de justicia y lo mucho más que tardan todavía las so-

ciudades humanas en amoldarse á esas nociones superiores, no cabe dudar que, fundada nuestra legislación occidental europea en el derecho romano, de Roma parte la constitución adquirida por nuestra familia, y de Roma provienen las relaciones jurídicas entre sus entidades fundamentales, si bien muy dulcificadas por el progreso de las ideas y por el curso de los tiempos. Al encontrarnos delante de Cornelia bien puede asegurarse que nos encontramos ante una de nuestras más venerables y más veneradas abuelas. Mucho se habla contra la idea de una raza latina, y mucho se aduce para mantener esta negación la mezcla de tantas sangres cual discurre por nuestras venas. Pero cierra los ojos á la evidencia quien rehuye ver cuánto hay de Roma en el habla de las naciones occidentales, cuánto de Roma en su religión y en sus creencias, cuánto de Roma en las relaciones jurídicas de su familia, y cómo todos estos datos constituyen las bases indispensables de un organismo social como el que compondrán tarde ó temprano por sus innumerables analogías dentro de sí cada una de las razas.

En el método seguido por nosotros para presentar los tipos de la mujer histórica no ha entrado, como pudiera creerse, ó una grande arbitrariedad, ó un mero capricho. Las mujeres colocadas en esta galería representan fases del humano espíritu. He-

mos querido enseñar á grandes rasgos todo el costado femenino de la humana historia. Y en las tradiciones bíblicas, indias, iránias, fenicias, helenas, romanas, hemos fijado las mujeres más influyentes y que mejor podían personificar las múltiples transformaciones del alma universal humana. Este afán de mostrar los aspectos de la influencia femenina en el desarrollo total de la humanidad, nos conduce á no despreciar ni las ficciones religiosas ni las ficciones poéticas. Donde nos procura el Olimpo un ideal de mujer, hemos ido al Olimpo; donde nos lo procura el teatro, hemos ido al teatro. En Roma empiezan los tiempos que debemos llamar humanos y positivos de la historia. Ni su religión propia, ni su arte alcanzan la ingenua originalidad de la religión y de la escena helénicas. Por consecuencia, hemos tenido que buscar la mujer, más que allá en los cielos del ideal, aquí en la materialidad oscura de lo positivo y de lo verdadero. Por una Vesta mítica y por una Egeria casi mítica ó legendaria, existen aquí en la historia romana mujeres cuyos nombres van estrechamente unidos á sus alteraciones políticas. El romano se hubiera creído huérfano si no preside su vida un matrimonio como Vesta y Marte. Pues bien, á los profundos cambios políticos presiden las mujeres también como en demostración palmaria de su

influjo. La guardadora del fuego sacro, la ninfa del sacerdotal Numa, la esposa cruel de Tarquino, la mujer sobre cuyo cuerpo jura Bruto expulsar á los reyes y establecer la república y la libertad, aquella especie de Ifigenia, la virgen inmolada en holocausto por la furia de los plebeyos para herir el corazón de los patricios, esa matrona Veturia de quien hemos visto las ideas aristocráticas exageradas y el sacrificio sublime, harto explican la influencia incontrastable por la mujer ejercida en el mundo romano para que necesitemos nosotros encarecerla y aumentarla de ningún modo al hablaros de Cornelia. Pero ésta personifica, en sentir mío, el cenit de la república, institución amenazada y decadente tras sus dos infelices hijos, los inmortales Gracos. Cornelia vive cuando truena en su sede altísima el viejo Catón, y los Escipiones desarraigan á Cartago de la tierra, y el poema de la primitiva historia pasa de labio en labio, y el arte griego envía sus primeros maestros al mundo romano, y el teatro patricio se fija en Terencio mientras el plebeyo en Plauto, y el comercio se dilata, y las instituciones se practican, y la forma republicana, todavía no herida por los cesarismos subsiguientes á esta edad, se desarrolla entre radicales contradicciones, como las ideas en el humano espíritu, pero sin que tales contradicciones im-

pidan las concertadas armonías, por las cuales, no solamente la civilización aquella se produce y se concentra, sino que á toda la tierra se dilata y extiende por medio de una expansión viva, donde se contiene tanta luz esclarecedora como calor vivificante. Por consecuencia, detengámonos ante Cornelia también para ver en ella una de las fases más brillantes por que ha pasado la civilización romana, y uno de los más perfectos tipos que hayan revestido jamás sus matronas excelsas.

Imposible conocer á Cornelia sin estudiar el medio ambiente donde se mueve y de cuya savia se nutre. Roma, en aquel entonces, había resuelto la ruina de Cartago. Una visita de Catón al continente vecino y un estudio minucioso de las convalecencias conseguidas por Cartago tras sus desventuras últimas habían vuelto á fulgurar en los aires aquella terrible optación á su inmediata ruina, que repiten como proverbio cuantos quieren significar el odio de una clase á otra clase, de una ciudad á otra ciudad, de un pueblo á otro pueblo. Representante de la vieja Roma quiritaria el patricio Catón optaba por el exterminio de Cartago, temiendo verla de nuevo abortar un tremendo Aníbal, tan capaz como aquel extraño héroe de poner á la Ciudad Eterna en trance de muerte. Hija del primer Escipión que tomó á Cartago fué Cornelia. Aunque los odios

á las gentes cartagineses no tenían medida en pueblo tan político de suyo como aquél, menudeaban estadistas partidarios de una conciliación, quienes, notando cuántos más beneficios extraía Roma de su alianza con Tiro, por ejemplo, que de su enemistad, y cómo en la molicie de sus costumbres, en la insistente actividad y pujanza de su comercio, en la propensión al trabajo y al cambio, la ciudad púnica podía tributar, pero de ninguna manera ofender ni menos combatir á la Ciudad Eterna, proponían perdón y misericordia. Mas los temperamentos de combate se aventajaban y sobreponían á los temperamentos de prudencia, siquier los representase un patricio tan fuerte y justo como el segundo Escipión. Rodeada Cartago de númidas, con éstos combatía desde los tiempos de Dido á la continua. El rey africano aquel, á quien la semidiosa fenicia desdeña por Eneas, contiene alta personificación y símbolo en su seno propio, y transmite á su prole apartada el odio de África y su gente á los invasores asiáticos. Hallábase, por los días que ahora historiamos, reunido y condensado este odio en la persona de Masinisa. Y el caudillo de las arenas líbicas no debía ceder un punto en su horror á los cartagineses, secundado como se hallaba por la complicidad de los romanos. Así pedía tierras sin límites y tributos sin tasa. Estas deman-

das impertinentes é infundadas llevaron el partido patriota cartaginés al gobierno y este partido patriota cartaginés resolvió la guerra con Masinisa. Desgraciadamente para la ciudad púnica, en aquella empresa guerrera tuvo Cartago un daño consustancialísimo á su compleción mercantil y otro daño circunstancial y del momento. Fué un esencial daño la necesidad imprescindible de recurrir á tropas mercenarias reclutadas entre sus propios enemigos los númidas, y fué accidental daño la presencia en su frente de guerrero tan torpe como Asdrúbal. Más oliente á perfumes que á sangre, recostado sobre un lecho como sensual odalisca y no puesto á caballo como buen milite, vestido de púrpura y coronado de oro, personificaba la molicie asiática tan expugnable y vencible por la fuerza de África y la inteligencia de Roma. El bárbaro Masinisa explotó muy bien las debilidades incomprensibles de sus contrarios, y el pobre Asdrúbal sufrió la rota consiguiente á ellas como estaba en el orden de las cosas. Un joven tribuno militar, ido allí de nuestra España, presenciaba desde vecinas alturas el singular combate, y veía con avizora mirada y concentrado pensamiento la flaqueza de su enemiga perdurable, la muelle Cartago. Este joven, perteneciente á la patricia familia de los Escipiones, debía unir con su nombre, ilustrado por tantas hazañas,

el cognomen de Africano, á causa de sus victorias sobre Africa, y debía ser, andando el tiempo y los sucesos, hermano adoptivo y yerno de Cornelia. No podía pertenecer ésta en el ritual nobiliario romano á familia más ilustre. Los Fabios, los Máximos, los Claudios, los Catones, los Brutos formaban en el mundo romano dinastías muy semejantes á nuestras regias dinastías. Reyes y reyes absolutos debían llamarse los patricios con razón, y Senado de reyes el Senado de Roma. Una dama nacida y criada entre familia tan ilustre debía tener, además de los sentimientos romanos y patricios difundidos por la herencia en su pura sangre, la distinguida y superior educación propia ya entonces de las altas clases.

Había la ciudad fenicia contraído una tremenda responsabilidad en la guerra con sus convecinos, viejos aliados de Roma. Por un artículo del pacto convenido con la Ciudad Eterna, la ciudad púnica no podía buscar la guerra ni sustentarla mucho menos allende sus fronteras. Al combatir con los amigos de Roma, con Roma combatieran los cartagineses. Por consecuencia, debían apercibirse á un castigo. Conociéndolo así, trataron de apartar y conjurar la pena. Condenaron, pues, á muerte sus patriotas; pero no bastó. Prometieron tributos y rescates nuevos; no bastó. Cedieron las armadas y

los ejércitos que tenían disponibles, pues algunos de estos últimos se hallaban insurrectos; no bastó. Roma pidió á Cartago su recinto. Al oír esto perdieron la cabeza y tomaron la resolución de un suicidio inmediato. Los emisarios cartagineses, que llevaran la noticia terrible á sus compatriotas, fueron despedazados, cual si pudiese llamarse culpa la transmisión de nefasta noticia, y los itálicos de todas las regiones itálicas, refugiados allí, expulsos de sus hogares ó muertos á cuchillo. Ni siquiera perdonaron á sus propios jefes, imponiendo en su demencia responsabilidad enorme á fatalidades inevitables. Y á pesar de tales extremos no tenían armas y hallábanse imposibilitados de todo punto para defenderse y hasta por completo desesperados de salvarse. Pero esta desesperación les prestó fuerzas. Tallaron catapultas de toda cuanta madera tenían, destruyeron los edificios donde algún hierro pudieron encontrar para templar y convertirlo en armas, trenzaron cuerdas y maromas con los cabellos de sus mujeres, trocaron todos los utensilios de casa en instrumentos de combate. Situada la ciudad en estrecho promontorio cercado de mar por tres puntos cardinales, excepción hecha del occidental, donde se hallaba su juntura con tierra, ofrecía una defensa muy considerable. Si á esto se añade que todos los ciudadanos se

inscribieron como guerreros y que las hordas líbicas opuestas á Masinisa aportaron contingente numeroso, tendrás idea de las terribles resistencias aparejadas y apercibidas por aquel superior último esfuerzo. Los cónsules romanos, al llegar, se asombraron del aspecto por la ciudad ofrecido, como erizada de terribles armamentos desde su templo del dios Esculapio en las cumbres hasta los muelles del puerto y las entradas continentales por el Oeste. Así los buques romanos eran incendiados, los reductos de asedio destruídos, las asechanzas desconcertadas, los asaltos rotos y el sitio reducido á un bloqueo largo sin consecuencias ni ventaja ninguna. Seguramente Roma tuviera un descalabro de no estar allí el excepcional Escipión Emiliano. Su valor mantuvo la moral del soldado, sus arrestos abrieron brechas temibles y ganaron cien batallas parciales, su política granjeó á Roma el partido entero de Masinisa y su prole, muy despegado antes por temor á que la presa levantada en su ojeo cayese bajo el poder de Roma. Así los elogios de su persona y de sus actos se difundían por todas partes, y Catón, parco en toda suerte de alabanzas, celoso y receloso, hasta podíamos decir envidiosísimo, llamaba hombre necesario al joven general llamado por el destino á tan excelsas victorias. En efecto, el ejército romano

se hallaba en las últimas extremidades, y el ejército cartaginés en la mayor pujanza cuando Roma decretó el consulado á Escipión, aunque todavía no entraba en la edad necesaria para ejercerlo, y le confió la guerra de África. En cumplimiento de tal decreto el héroe desembarcó en Utica y tomó el mando supremo. Con su presencia todos se confortaron y con sus disposiciones pusieron las fuerzas romanas en verdadero y necesario aliento.

Efectivamente, movió á los oscuros, alentó á los tímidos, puso el cuartel general en la parte de Occidente que ligaba con tierra el promontorio, levantó reductos á la entrada del puerto que sirviesen á estrechar el bloqueo, y dejó sus oficios naturales al hambre y á la peste. Mas no cesaba el combate. Había primero Escipión tomado lo que podríamos llamar la ciudad exterior, y poco tiempo después tomó también parte de la ciudad interior. Aunque le costó mucho ir del puerto á la ciudad, romper brechas, penetrar por angostas calles sembradas de insuperables obstáculos, contrastar el diluvio de proyectiles sobre sus gentes lanzados desde azoteas levantadas sobre altos edificios de seis pisos, no se desconcertó ni siquiera un minuto. Seis días pasaron en este combate cuerpo á cuerpo, rompiendo y atravesando las casas á fin de pasar por ellas, en combates cuerpo á cuerpo sostenidos en-